

J. Ramírez de Lucas.

Goya

LA GRAN EXPOSICION "GOYA
AND HIS TIMES" EN LONDRES

Nunca una máquina fué tanto espíritu. Cuando el avión Goya de la compañía Iberia despegó de Barajas, rumbo a Londres, para sumarse a los actos inaugurales, fué como si verdaderamente el espíritu bronco y rumoroso de Francisco de Goya dejase su conocida y parda tierra de la meseta, por los verdes enfundados en neblinas de la capital británica. La ocasión merecía la excepción, pues es indudable que pocas veces se habrá hecho un esfuerzo internacional de la categoría del que ha dado como resultado la sorprendente exposición "Goya y su tiempo", que hace muy pocos días hemos visto abrirse a la avidez del público londinense.

No, no es exagerado, verdadera avidez, ansia, deseo vehemente, es el que se percibe en esas multitudes que cada día llenan las salas de la "Royal Academy of Arts", en las que se han colgado los lienzos y los dibujos de Goya, sus contemporáneos y sus seguidores. Conocidos son de todos los detalles



"Autorretrato". Museo de Goya. Castres.

pintorescos del traslado de las obras cedidas por España en el tren tomatero. Pero una cosa hay que resaltar como merece: que aunque hayan sido los museos y los coleccionistas españoles los principales proveedores de la Exposición londinense, no han sido los únicos, ni mucho menos.

Una fraternal colaboración internacional ha hecho posible esta magna muestra goyesca en Londres, como ya seguramente no podrá volverse a ver reunida nunca. Argentina, Bélgica, Canadá, Francia, Alemania, Irlanda, Hungría, Holanda, Suecia, Suiza, Escocia, Estados Unidos de América, no han tenido inconveniente en ceder sus tesoros pictóricos, que, junto con los de Inglaterra y España, forman la nutrida colección de trescientas cuarenta obras, en las que es posible no sólo estudiar casi todos los aspectos del desigual Goya, sino también establecer las oportunas influencias y diferencias con los otros principales pintores de su tiempo.

El edificio de la "Royal Academy" se alza en una de las principales y más famosas vías londinenses, en la popular Picadilly. Es el clásico edificio del eclecticismo arquitectónico, de un falso renacimiento italiano al que afortunadamente el hollín y la humedad de Londres se han encargado de borrar los detalles. En la fachada principal alternan grandes banderas de Gran Bretaña y España. En el patio que se abre en el punto central del edificio hay colocada una gran fotografía del autorretrato de Goya que se conserva en la Real Academia de Madrid. Más banderas a ambos lados. En el centro del patio está el monumento al pintor sir Joshua Reynolds, primer presidente que tuvo la Academia inglesa. La escultura de

levantado en homenaje por uno de los más renombrados pintores ingleses y las colas interminables del público que desde tempranas horas llena el recinto de la Academia.

Dudamos que existan públicos tan entusiastas de las manifestaciones artísticas como los anglosajones. La pintura, la música, el ballet, la ópera, movilizan ingentes muchedumbres a las que no importa soportar las inclemencias climáticas propias de esas latitudes en asistir a una muestra singular. Recientes están aún las imágenes de las colas formadas en Washington ante la *Gioconda*, de Leonardo, pero tal vez resulten aún más impresionantes las masas que materialmente bloquean las dos Majas en la Acade-



bronze levanta el pincel en la mano derecha, con gesto teatral y amanerado.

El ceñudo retrato de Goya está delante de las hornacinas que coronan el edificio y en las cuales hay colocadas estatuas a famosos y desconocidos artistas, entre los primeros, Miguel Angel, Ticiano, Rafael, Leonardo da Vinci y Fidias, y entre los segundos Wukeham, Flaxman, Wren. Otra escultura de Reynolds anda también por arriba, lo cual demuestra lo bien que aprovechó su mandato el primer presidente. Entre tantos genios, Goya asoma su cabezota de entrecejo fruncido de mal genio y mira con una especie de desconfianza, como no creyéndose del todo que sea verdad tanto estruendo en su honor. Pero sí, es cierto, y para confirmarlo está el pincel

mia de Londres. A las diez en punto de la mañana se abren las puertas de la exposición, un cuarto de hora más tarde todas las salas se encuentran repletas de una multitud estudiosa y expectante, que catalogó en mano desentraña con paciencia cada óleo, cada dibujo. En los días que lleva abierta la exposición al público cuando se escribe esta crónica, el término medio de visitantes diarios ha sido de cinco mil, y no se piense que esta copiosa afluencia es debida a la novedad de los primeros días, ya que en Londres es costumbre dejar pasar las primeras fechas por temor precisamente a esas concentraciones masivas.

La exposición de Goya quedará en Londres como una de las más esperadas y que mayor expectación habían levantado, tanto por la calidad, cantidad y

tamaño de las obras, como por las características novelescas de algunas de esas obras, por ejemplo la Maja vestida y la desnuda del Museo del Prado. Seguramente no habrá sido fácil conseguir que estas dos obras tan populares salgan por primera vez de su domicilio madrileño; la exposición, sin ellas, no hubiera perdido en calidad, pero sí en interés anecdótico. Hay obras de arte en las que las leyendas superan su verdadero interés artístico y lo desbordan. Las Majas son de esta clase, y ahora, vistas bien colocadas, es cuando nos damos cuenta que la Maja desnuda es una pintura relamida y falta de proporciones, cuyo mayor interés tal vez resida en esa aureola de sensualidad con que la retocó y sobó el palurdo cortesano.

Decíamos más arriba, que en Londres es cuando por primera vez hemos visto las Majas bien colocadas, aunque tal vez sería más justo decir que ha sido allí cuando hemos reparado lo mal colocadas que están en el Museo del Prado, con la puerta de la Galería central entre las dos, eje de fuga por el que inevitablemente escapa la atención. Es éste un detalle que deberían tener muy en cuenta los celosos guardianes de nuestro primer Museo y tratar de subsanarlo, si ello es posible.

El público en Londres queda perplejo ante estas dos figuras acostadas de mujer, de cabeza monstruosa, de pie breve, de cintura apretada, de senos agresivos como una cornamenta de toro bravo. El mito apaga los comentarios y éstos son susurrados en voz baja, como si se tratase de secretos de alcoba. No, no son las Majas la mejor pintura de Goya en esta exposición de Londres, pero sí, indudable, el grano de sal y de pimienta que hacen sabroso el mejor guiso, el más exquisito manjar que sin el condimento quedaría un tanto crudo.

Aquí está ese portentoso retrato de la condesa de Chinchón, esa anémica y vencida mujercita en cuya mirada se condensa la certeza triste de lo que el ser resulta de indefenso ante la vida, ante el destino.

Aquí está ese majo bien plantado del conde de Fernán Núñez, en la gallardía de su juventud triunfante, retador y pagado de sí mismo.

Aquí está doña Tadea Arias, envuelta en el vaporoso sudario de su vestido blanco con un trasfondo rosado de carne mortal. Aquí, las dos majas del balcón, como recortadas de la alta baranda de San Antonio de la Florida, con sus sombríos guardaespaldas.

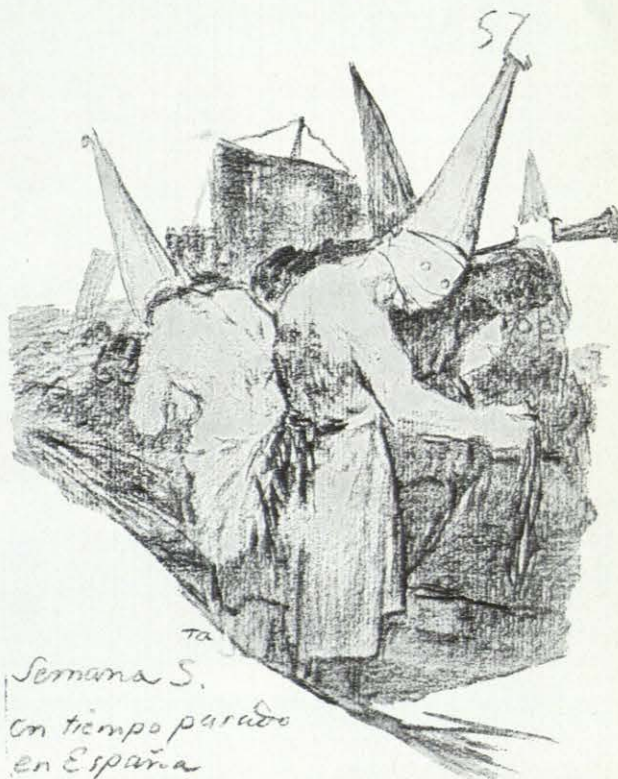
Aquí, en repetidas poses, ese real monumento a la estupidez humana de Fernando VII, cuyos mantos, oros, condecoraciones, cetros, coronas y leones, no son capaces de disimular la miserable condición.

Y aquí, ese disparatado retrato ecuestre del duque de Wellington, en el que una vez más Goya nos demuestra la nulidad que era para pintar caballos.

Para el espectador inglés, el mayor atractivo de la exposición reside en las Majas, los retratos nobiliarios

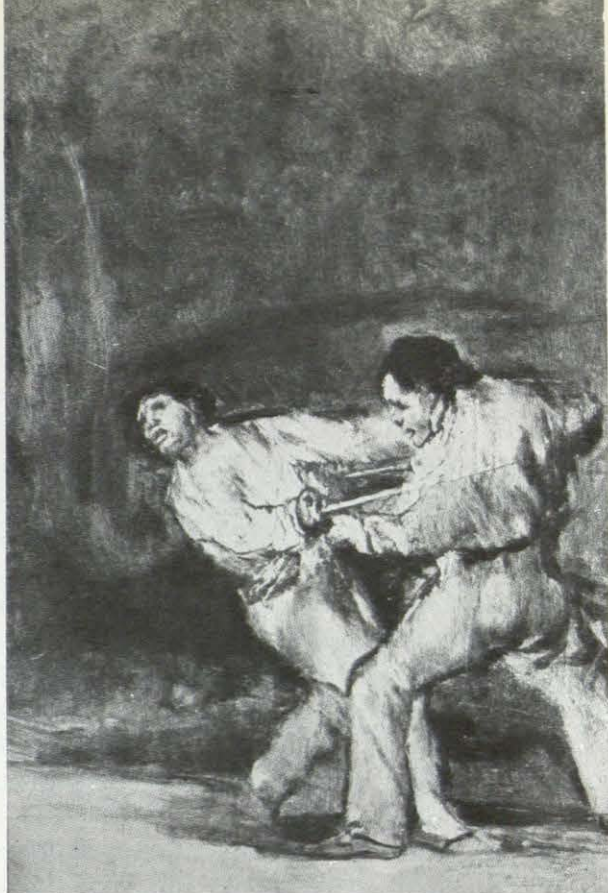


"Niña jugando a la comba". National Gallery. Ottawa.





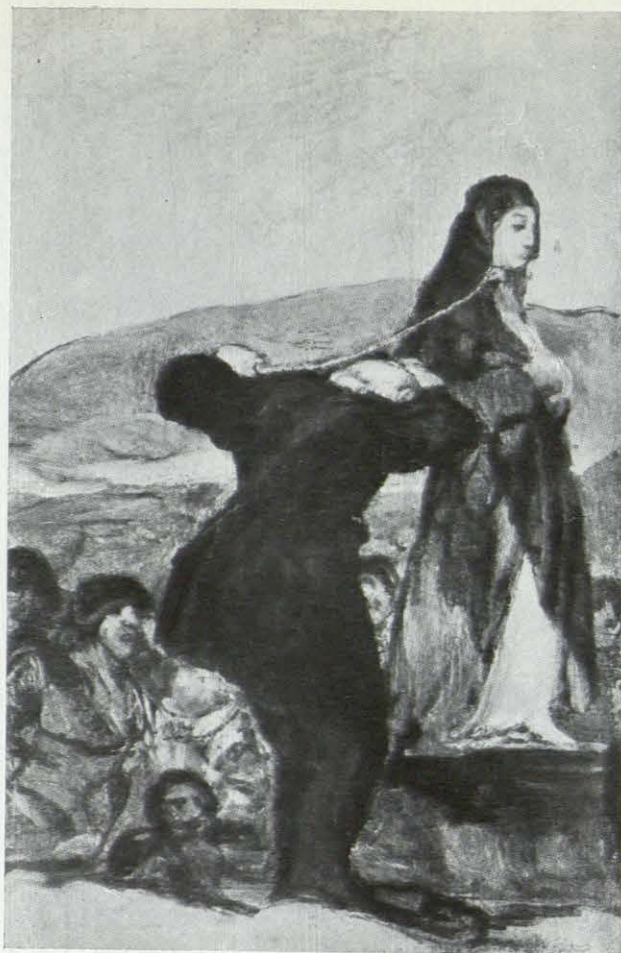
"Maja y vieja". Kunsthalle. Hamburgo.



"El Duelo". Museo Bávaro. Munich.



"Tío Paquete".
Baron Thyssen-Bornemisza.
Suiza.



"Ejecución de una bruja". Museo Bávaro. Munich.

de colecciones particulares, y la fantástica sucesión de motivos tomados de la realidad de los dibujos. Otra de las obras donde se extasían, principalmente las señoras, es ante el retrato de familia de los duques de Osuna, propiedad del Museo del Prado.

Para el espectador español, ir a Londres ahora es poder tener la oportunidad de ver reunidas obras poco conocidas en España, tales como *El médico*, de la "National Gallery", de Edimburgo, composición en la que se aprecia con exactitud el estudio que Goya tenía de Tiépolo.

El autorretrato de Goya, del Museo de Castres, nos muestra su rostro en madurez con los inquisitivos ojos mirando por encima de las antiparras. *La aguadora*, del Museo de Budapest, un pequeño cuadro lleno de ese desgaire barriobajero que tanto tentaba a Goya. Excepcionales los cuatro óleos de tamaño reducido del Museo de Munich, en especial los titulados *La ejecución* y *El duelo*, cuadros no seguros del pincel de Goya, pero que si son debidos a un imitador hay que reconocer que era un imitador tan genial como el maestro.

Un aspecto de la obra de Goya no está representado en Londres, o por lo menos no lo está como debiera. Nos referimos a su llamada "pintura negra", en la que es indudable precursor del expresionismo. Esas escenas terroríficas y subconscientes que Goya pintó en los muros de su quinta "del Sordo" son



"Majas de paseo". Kunsthalle. Hamburgo.

parte indispensable para conocer a todo Goya, el Goya que había pasado de los halagos y los mimos cortesanos a la soledad de su propia angustia. No sabemos a qué se ha debido esta ausencia lamentable en una muestra tan concienzudamente preparada durante dos largos años. Tan sólo esa tragicómica cabeza del ciego *Tío Paquete* muestra en Londres la más dramática y honda vena de su pintura portentosa, la que liberada de todo color se enfrentó con los problemas de la sombra, tanto pictóricamente como de las honduras del alma.

Mucho se ha hablado sobre si las obras maestras deben o no salir de los Museos que las custodian. Lo que resulta bien cierto es que ya no existe hoy paño, por bueno que sea, que se venda en el arca. Estemos conformes o en contra de ello, lo cierto es que uno de los pilares sobre los que descansa nuestra vida actual es la propaganda. Todos los países se gastan sumas ingentes en divulgar sus bellezas, las excelencias de sus productos, la conveniencia de sus concepciones políticas y religiosas. Es cierto que ninguna embajada resulta tan bien acogida como cuando se trata de obras de arte. Ante ellas todos se rinden y en definitiva es un saldo muy positivo para el país que temporalmente las presta. La gran beneficiada de esta exposición de Londres será más que nadie España, aunque para algunos sea poco menos que un sacrilegio el viaje de obras insignes.